

## SOCIOLINGÜÍSTICA Y GRIEGO ANTIGUO

«Toda lengua escrita es artificial en principio y más la griega» decía yo en un trabajo ya antiguo en que tocaba el tema de los varios niveles de la lengua griega en época helenística y romana<sup>1</sup>. Nada hay más inexacto, por ello, que ese lema unamuniano de escribir como se habla: toda lengua hablada tiene sus normas y peculiaridades, que varían según estilos, épocas y géneros, por lo demás; aunque es bien claro que en la lengua escrita se basa, como ésta, a su vez, recibe influjos de la lengua hablada.

Imposible, por tanto, profundizar en los problemas de la Sociolingüística en una lengua como el griego antiguo que sólo a través de textos escritos, y esos escasos, nos es conocida. Puesto que no se puede, en este caso, acudir a los métodos de exploración directa a base de encuestas y cintas magnéticas, no cabe otro recurso que tratar de penetrar a través de los textos escritos en la verdadera lengua hablada en sus varios niveles. Y esto sólo en forma muy parcial y en buena medida controvertible puede lograrse.

Nos limitamos, por si alguien tiene alguna duda, a notar el brevísimo tratamiento, precisamente por falta de materiales, de los problemas sociolingüísticos del griego en la bibliografía sobre la lengua griega, según ha señalado J. J. Moralejo<sup>2</sup>.

Pueden añadirse las manifestaciones de R. Hiersche, *Grundzüge der griechischen Sprachgeschichte*, Wiesbaden, 1970, págs. 72 sigs., con su revisión de lo que puede aprenderse de la lengua vulgar a través de las «faltas».

<sup>1</sup> *Estudios sobre el léxico de las fábulas esópicas*, Madrid, 1948, pág. 42.

<sup>2</sup> «Dialectos y niveles de lengua en griego antiguo», *RSEL* 7, 1977, págs. 57-85.

Vamos a desarrollar a continuación algunas ideas de cómo se podría avanzar por este camino, limitándonos conscientemente al establecimiento de niveles generales de lengua: los que vamos a llamar vulgar, popular y cultivado. No nos engañamos con esto sobre una serie de puntos: incidencia de diversas lenguas especiales en cada uno de estos niveles; dificultad de separar lo vulgar de lo popular (a veces se da el primer nombre sólo a lo chocarrero y obsceno) y lo cultivado de la lengua literaria; fragmentación de un mismo nivel según lugares, épocas, intenciones; presencia de unos mismos rasgos en uno o dos de estos niveles o en los tres, lográndose la distinción sólo por vía de frecuencia; especial dificultad o imposibilidad de definir la fonética de los niveles, etc.

Pese a ello, pienso que algo puede lograrse en esa distinción de niveles, que tienen que ver ya con diferencias de clases sociales, ya, también, con las circunstancias e intenciones del acto de la palabra. Y que algo se ha logrado hasta ahora, aunque la moderna Sociolingüística ofrece nuevos modelos que permiten plantear los problemas y, eventualmente, lograr las respuestas en forma más precisa. Lo primero que hay que decir es que para definir los niveles no hay que hacer distinción entre lengua y estilo. El estilo, un poco como la *parole* saussuriana, es, se sabe bien, una elección entre posibilidades que se ofrecen: los criterios de esa elección son tan característicos de los niveles como aquellos elementos más rígidos y fijos que suelen clasificarse de lengua. Incluso elementos de orden casi literario o propiamente literario en la composición de un texto tienen aquí cabida.

Insistimos en que ningún texto escrito reproduce un nivel sociolingüístico: hay siempre un filtrado, una distorsión que hay que tratar de eliminar. Y, ante todo, hay que huir de una peligrosa ilusión: la de que los textos, por así decir, documentales y las puras anotaciones de intención no propiamente literaria, tal una carta o una inscripción, reflejen directamente la lengua escrita. Quiero volver a propósito de este tema a un artículo muy claro de J. J. Moralejo, publicado en nuestra revista<sup>3</sup>, y añadir algunas cosas más, como la observación reciente de A. Bloch<sup>4</sup> sobre el carácter «literario», y cada vez más a partir del siglo VII hasta el IV a. C., de las inscripciones legales griegas.

<sup>3</sup> Art. cit., págs. 74 sigs.

<sup>4</sup> «Literarische und inschriftliche Gesetzsprache in Griechischen», *MH* 32, 1975, págs. 135-154.

Desde el punto de vista sociolingüístico convendría también, sin duda, adaptar al griego la observación de M. Mayer<sup>5</sup> sobre el carácter «culto» de la «población epigráfica» latina, que impide la aparición en esas inscripciones de la lengua popular. Incluso en las cartas privadas que los papiros nos transmiten sus autores no pueden evitar plegarse en cierta medida a las exigencias de la lengua escrita y del estilo epistolar. Y lo mismo ha de decirse de los textos griegos considerados más «populares», como el *Nuevo Testamento* (dentro del cual hay, por lo demás, diferencias notables, como se sabe).

Ahora bien, volviendo a la que hemos llamado literatura documental, la de la mayor parte de los papiros e inscripciones e, incluso, la de la prosa legal y científica en general, sería un error, pensamos, considerarla como un bloque o negarnos a encontrar en ella huellas claras de la lengua viva en sus diferentes niveles. Basta poner ejemplos como los datos sobre el ático vulgar deducidos de los vasos por P. Kretschmer<sup>6</sup> o el influjo de la koiné detectado en la segunda mitad del siglo IV en inscripciones como las de Magnesia<sup>7</sup>, Epidauro<sup>8</sup> o Delfos<sup>9</sup>, para darse cuenta de esto.

Efectivamente, creemos que ha ido más allá de lo justo L. Rydbeck<sup>10</sup> cuando, cogiendo en un solo bloque la literatura científica desde Hipócrates, el *Nuevo Testamento*, los papiros y buena parte de la prosa helenística e imperial, declara todos estos textos comparables y no populares. Ciertamente que contienen todos ellos rasgos de koiné comparables, que él estudia, y que contienen también elementos artificiales. Pero no puede negarse el paso a una investigación de niveles, sociales y otros, en la lengua helenística. Estudiar unos pocos rasgos, sin aducir, además, frecuencias, prueba poco. Ni puede descartarse el carácter más popular de los *LXX*, el *NT* y los papiros (o parte de estos *corpora*) destacado por Deissmann, Moulton-Milligan, Mayser y tantos otros estudiosos, después de todas las matizaciones que puedan introducirse.

<sup>5</sup> *RSEL* 10, 1980, págs. 230 sig.

<sup>6</sup> *Die Griechische Vaseninschriften ihrer Sprache nach untersucht*, Gütersloh, 1894.

<sup>7</sup> Cf. E. Nachmanson, *Laute und Formen der Magnetischen Inschriften*, Uppsala, 1903.

<sup>8</sup> Cf. R. Nehrass, *Sprache und Stil der Iamata von Epidauros*, Leipzig, 1935.

<sup>9</sup> Cf. J. J. Moralejo, *Gramática de las Inscripciones delficas*, Santiago, 1972.

<sup>10</sup> *Fachprosa, vermeintliche Volkssprache und neues Testament*, Uppsala, 1967.

Dejemos ahora fuera de nuestra consideración las inscripciones y los papiros, tras haber indicado, en suma, que son textos escritos que, como cualesquiera otros, combinan variamente la lengua hablada con otros elementos, que deben ser aislados para dejar a la vista, si es posible, la primera: y no la primera en abstracto, de un modo genérico, sino en tal o cual nivel o combinación de niveles o especializaciones. Preferimos dedicar nuestra atención a la lengua más propiamente considerada como literaria, porque en ella es más clara, pensamos, la intención del autor en relación con el tratamiento de la lengua hablada que subyace a su obra. Y porque, por ello, es también más fácil obtener conclusiones sobre esta última.

Dentro de la historia de la literatura griega es el período helénístico el que, pese al estado fragmentario en que su literatura nos ha llegado, más puede aportar a nuestro estudio. Lo trataremos, por ello, con mayor detenimiento dentro de lo que es, de todas maneras, un simple ensayo que oscila entre presentar un estado de la cuestión, hacer algunas propuestas tentativas y proponer vías y objetivos de estudio. Ahora bien, los distintos niveles de lengua de la época helénística y la relación con ellos de la literatura en que se reflejan, sólo pueden comprenderse a partir de la historia precedente de la literatura y la historia griegas. Algo hemos de decir de ellos, por tanto.

Toda la historia de la relación entre la lengua escrita, con sus varios dialectos y estilos, y la lengua hablada, con sus varios niveles y especializaciones, está fundada en Grecia, pienso, en un doble principio, una doble tensión. Hay toda una literatura que busca una distancia respecto a la lengua hablada que es símbolo de la distancia del mundo mítico y el mundo religioso respecto al mundo de todos los días. Es un fenómeno bien conocido el de las lenguas religiosas y las lenguas literarias en ellas fundadas que se alejan conscientemente de la lengua de todos los días. He analizado este fenómeno, presente ante todo en la épica y la lírica, en un trabajo referido al teatro griego <sup>11</sup>.

En realidad sus dos dialectos literarios, el de los corales y el del diálogo, no sólo ponen una distancia entre uno y otro mundo, sino entre ambos y la lengua de todos los días. Esta distancia entre la

---

<sup>11</sup> «La lengua del teatro griego», en *Estudios sobre los géneros literarios I*, Salamanca, 1975, págs. 29-48.

lengua de los trímetros y tetrametros y el ático hablado contemporáneo, he creído en otro trabajo<sup>12</sup> que se funda, al menos parcialmente, en la conservación consciente de arcaísmos.

Pero no es sólo en estos tipos de poesía donde impera la distancia. Cuando a partir de los años 20 del siglo se crea la prosa ática, es evidente que un Gorgias busca la distancia igualmente con su vocabulario poético y sus recursos de estilo. Y que la busca un Tucídides, influido por la escuela gorgiana en tantas cosas y que conserva un arcaísmo inusitado en la Atenas de después del 404, cuando su obra debió de aparecer. Arcaísmo propio de un hombre que vivió 20 años en el exilio, podría decirse. Sí, pero que buscaba por todos los medios distinguirse dentro del ambiente lingüístico en que vivía, para dar dignidad a su relato. B. Rosenkranz ha hecho ver precisamente, en un artículo interesante<sup>13</sup>, cómo, cuando puede elegir, Tucídides se aleja de la lengua contemporánea bien por el camino del arcaísmo, bien por el del jonismo. Ambos aportaban un determinado carácter literario y no hablemos del vocabulario y las figuras poetizantes.

No insisto en esto, aunque la ausencia en la prosa ática de palabras prácticamente comunes a todo el griego, luego propias de la koiné y que en el propio ático han debido de existir a juzgar por derivados que se mantuvieron vivos (véase mi artículo antes citado), esta ausencia me ha llevado a veces a pensar si no habrá habido por parte de los escritores áticos una especie de renuncia voluntaria a esas palabras, para crear así una distinción. Pero, en fin, dejo este pensamiento demasiado hipotético y paso a señalar que junto a la técnica de la distancia respecto a la lengua hablada aplicada por un sector de la literatura, otro sector aplica la de la aproximación.

Esto ocurre, sobre todo, en el campo de la poesía yámbica y en el del diálogo de la comedia. Es poesía que surge de fiestas populares en que dominan la libertad y la sátira; poesía que se refiere al hoy y al ahora, a personas y temas de la vida de todos los días. Es lógico que un realismo que se refleja en todo esto y en la presentación de los personajes en la escena cómica, se manifieste también en el lenguaje.

---

<sup>12</sup> «Sobre los orígenes del vocabulario ático», *Emerita* 21, 1953, págs. 123-152 y 25, 1957, págs. 81-121.

<sup>13</sup> «Der lokale Grundton und die persönliche Eigenart in der Sprache des Thucydides», *IF*, 1930, págs. 127-178.

Son los yambógrafos y Aristófanes, es bien sabido, los principales representantes, para nosotros, de la lengua coloquial arcaica y dórica.

Por supuesto, claro está que no se trata de una reproducción, de una fotografía. Baste referirse, de un lado, a los homerismos de un Arquiloco, detectados por Page<sup>14</sup>; y, de otro, al elemento de utilización y aun exageración, si se quiere, en las frecuentísimas creaciones y distorsiones cómicas, en la parodia constante. Todo esto y los términos que llamamos groseros y obscenos son cosa de la lengua popular: pero, evidentemente, las frecuencias de uso y de nuevas formaciones, varían.

Son estos géneros que cultivan la proximidad, por tanto, los adecuados para captar, en la medida que sea, la lengua conversacional contemporánea. Y, más concretamente, los niveles que hemos llamado popular y vulgar. Niveles difíciles de distinguir, ciertamente: hay transiciones entre ellos, son cosa más de circunstancias que de nivel social. En todo caso, con la excepción de un Hiponacte, que nos resulta francamente vulgar, y que ofrece una mezcla de elementos extranjeros a la manera de los detectados por Kretschmer en el ático vulgar<sup>15</sup>, no parece posible distinguir un nivel popular de un nivel vulgar en la lengua griega que reflejan yambógrafos y cómicos. Ningún intento existe, por ejemplo, en Aristófanes para diferenciar la lengua de los libres de la de los esclavos, la de la gente del pueblo de la de los ricos. ¿Es que no había diferencias del tipo de las estudiadas por Labov y su escuela en Nueva York y otros lugares? ¿O es que esas diferencias estaban sujetas a una estilización convencional?

En todo caso, como una hipótesis tentativa yo presentaría la idea de que, así como Aristófanes —por limitarme ahora al siglo v— estiliza en cierto modo una base lingüística entre popular y vulgar, existen autores en que la base utilizada o filtrada es la que hemos llamado lengua cultivada, propia de las clases medias y elevadas.

Pienso que podría interpretarse en este sentido, efectivamente, la evolución de la prosa ática a partir de fines del siglo v en manos de los socráticos y de la oratoria forense, sobre todo.

<sup>14</sup> «Archilochos and the oral tradition», en *Archilochos*. Entretiens de la Fondation Hardt, Ginebra, 1963, págs. 119-163.

<sup>15</sup> Cf. U. Rapallo, «Influssi anatolici sulla grammatica di Ipponatte», *SIFC* 48, 1975, págs. 200-243.

Es claro que los socráticos transcriben, más o menos estilizado, el modelo del maestro, que nunca escribió. Mucho del estilo de Sócrates, heredado por sus discípulos, nos recuerda a los yambógrafos y la comedia: el diálogo con todos sus recursos, el símil, la fábula. Pero su lengua era, evidentemente, de un nivel diferente: entraba el vocabulario abstracto e intelectual, faltaba la chocarrería vulgar. Los interlocutores de Sócrates pertenecían a todas las clases sociales, pero predominaban los jóvenes de la clase alta.

Un estudio comparativo de la Comedia aristofánica con ciertos diálogos platónicos (es decir, eliminando parajes míticos y poéticos, temas demasiado técnicos, diálogos tardíos) podría darnos, pienso, una imagen de las diferencias entre lengua popular y aun vulgar de un lado y lengua cultivada de otro. Hay transiciones y cosas comunes entre los dos sectores, diferencias puramente estadísticas, etc.: pero aun teniendo todo esto en cuenta, pienso que podría llegarse a esa doble caracterización.

Claro que la lengua cultivada debería describirse también con ayuda de otros elementos: las inscripciones y la oratoria, sobre todo la forense. Pues es sabido que logógrafos como Lisias, Iseo y Demóstenes escribían para clientes que debían hablar ante los tribunales como si lo hicieran espontáneamente. Buscaban, pues, una cierta etopeya, como decían los antiguos. Ahora bien, hay que señalar algo semejante a lo anotado antes acerca de Aristófanes: no se notan diferencias entre la lengua y estilo de los distintos pleiteantes. Sin duda hay una ley del género que impone ciertas normas de uniformización, pienso que sobre el modelo de la lengua cultivada. Aunque esto habría que establecerlo mediante una comparación con Platón y los demás socráticos y una oposición de todo este bloque a Aristófanes. No habría, por lo demás, que desatender las diferencias cronológicas; y más si se quisiera ampliar la noción de la lengua cultivada introduciendo en el grupo, por ejemplo, a Heródoto (que, por otra parte, es sabido que recoge influencias homéricas y otras).

Que los géneros prosaicos a que acabamos de referirnos, dialógicos o dirigidos a un público, géneros con una morfología y un vocabulario evolucionados y con una sintaxis relativamente libre y coloquial, dependen de la lengua cultivada, nos parece seguro, aunque quede pendiente el problema de en qué medida la lengua cultivada hablada influye en la escrita o en qué medida es al contrario. El

diálogo socrático y ciertos tipos de oratoria lógicamente buscaban la aproximación al oyente, sin evitar ciertas estilizaciones propias de la lengua escrita: en realidad, lengua escrita son, aunque figuren ser géneros orales. Esa aproximación se realizaba, evidentemente, a un nivel diferente del de la comedia y, en fecha anterior, el yambo.

Existía, sin duda, contra lo que ocurrió luego en casi toda la prosa griega a partir sobre todo del siglo I a. C. bajo el influjo del movimiento aticista. La mejor prueba de ello es que la evolución de la lengua hablada durante la segunda mitad del siglo IV, en que se crea definitivamente la *koiné* o lengua helenística, se refleja en el tipo de prosa a que nos referimos; aunque no es menos cierto que a partir de ahora toda la lengua griega, incluso la de los papiros menos formales, se llena de términos técnicos, de abstractos y de derivados complejos y artificiosos que nacen en la lengua escrita.

Ya en mis *Estudios sobre el léxico de las fábulas esópicas*, citados arriba, establecía yo que los últimos diálogos de Platón, *Las Leyes* sobre todo, utilizan en buena medida el vocabulario propio luego de la *koiné*. Esta idea fue estudiada más en detalle y utilizada para la datación de los diálogos, en una tesis de A. Díaz Tejera que yo dirigí y cuyo resumen fue publicado en la revista *Emerita*<sup>16</sup>. Pero ya en fecha anterior L. Gautier en su estudio sobre *La langue de Xénophon*<sup>17</sup> había establecido que en este autor, considerado generalmente como un ático puro, se hallan elementos dialectales y otros de carácter poco ático. Para Gautier, éste era el resultado de tantos años de vida del escritor fuera de Atenas. Pero, sin negar esto, es más exacto decir que se trata de la admisión por Jenofonte de elementos lingüísticos que se abrían paso en la lengua hablada y que la invadieron totalmente en la época del helenismo. Un estudio de U. Pohle sobre Hipérides<sup>18</sup> hace ver que en sintaxis, vocabulario, morfología y aun fonética, este orador admitía ya en cierta medida elementos luego comunes en la *koiné*. Y dentro del *Corpus Hippocraticum* se puede acudir al análisis lingüístico para detectar el influjo de la *koiné* en los tratados de fecha tardía<sup>19</sup>.

<sup>16</sup> «Ensayo de un método lingüístico para la cronología de Platón», *Emerita* 29, 1961, págs. 241-286.

<sup>17</sup> Ginebra, 1911.

<sup>18</sup> *Die Sprache des Redners Hypereides in ihren Beziehungen zur koine*, Leipzig, 1928.

<sup>19</sup> Cf. Julia Mendoza, «Aportaciones del estudio de la lengua a la determina-

La prosa de la *koiné* se preparaba, pues, en el siglo IV: hemos hablado de las inscripciones, ahora de la prosa literaria. En los casos a que nos referimos, hemos propuesto que el modelo era la lengua cultivada, no la popular o vulgar. Ahora nos corresponde explorar, aunque sea rápida y tentativamente, la prosa de la época helenística. ¿Qué textos recogen el influjo de la lengua cultivada? ¿En qué medida, con qué diferencias según el género o la época? ¿Hay o no hay, además, prosa de la *koiné* que refleja o filtra la lengua popular o vulgar?

Este panorama hay que presentarlo, claro está, dentro de la tensión dialéctica entre búsqueda de la distancia y búsqueda de la proximidad: en este caso, claro está, la proximidad puede buscarse en grados diferentes o a niveles diferentes. Es un hecho claro que casi toda la poesía helenística, escrita en dialectos hace tiempo muertos, busca la distancia. Y que la busca la oratoria asiánica de Hegesias de Magnesia y demás. Y que, como hemos dicho, a partir del siglo I a. C. esa distancia es cada vez más buscada, se siga el modelo estrictamente ático o el poético. En nuestros *Estudios...* hemos descrito esa historia como una escalada en la que cada escritor buscaba superar a sus predecesores en el uso de un material lingüístico distanciador, procedente de edades antiguas.

Volviendo a nuestro libro ya citado, para la edad propiamente helenística, el período anterior al aticismo, distinguíamos (prescindiendo de la prosa asiánica) una *koiné* popular de una literaria. En la primera englobábamos los textos del *N. T.*, los *LXX* y los papiros, sobre todo; en la segunda, la poca prosa conservada del tipo de Filón el Mecánico, Aristóteles, Polibio, etc. Admitíamos en éstos un mayor peso de la tradición literaria ática.

Así es, en efecto, pero querríamos hacer aquí una exposición más matizada del asunto, en la medida en que puede hacerse, pues la investigación de detalle, como veremos, está hecha sólo en pequeña medida; y a veces sobre criterios puramente clasicistas (si se trata o no de «buen griego») o con carencia de criterios teóricos y comparativos suficientes.

Los dos sectores que acabamos de mencionar necesitan, cada uno, una documentación más completa, al tiempo que una mayor con-

---

ción de la cronología de dos tratados del *Corpus Hippocraticum*, *Emerita* 44, 1976, págs. 171-195.

ciencia de las heterogeneidades internas. Dicho esto, precisaremos que, en términos generales, el primero refleja o filtra la lengua popular y aun vulgar, el segundo la cultivada. Pero que en ambos hay que hacer subdivisiones.

Hablemos primero de la prosa que refleja la lengua helenística cultivada. El libro antes citado de Rydbeck, que es interesante aunque, como he dicho, exagerado, establece las conexiones internas de todo este sector (incluso la prosa científica) y el más popular del *N. T.* y demás. Se trata siempre, ciertamente, de *koiné*. Más allá de esto, habría que establecer grupos. Un buen comienzo sería fijarse en la distinción, dentro de las obras de un Aristóteles o un Epicuro, entre las exotéricas y las esotéricas: son las primeras las que buscan una mayor comunicación, dan al estilo una mayor familiaridad<sup>20</sup>. Las segundas deben ser conectadas con la prosa científica de que habla Rydbeck, aunque quedan, evidentemente, sectores de transición, tal el historiador Polibio y gran parte de la literatura estoica. Aunque es claro que en esta clase de obras se conserva, aunque con ciertas distorsiones, lo fundamental de la *koiné* culta.

Las distorsiones son menores en una serie de obras que buscan la comunicación directa con el público, incluso la etopeya: teatro, cartas, ciertos escritos exotéricos de las escuelas filosóficas. Señalo, sin pretender ser completo, el teatro de Menandro, la carta de Aristeas y las cartas y escritos éticos de Epicuro y su escuela (Filodemo, Diógenes de Eonanda), los escritos exotéricos de los peripatéticos.

No es difícil justificar esta clasificación ni establecer los elementos comunes entre los distintos grupos, aunque hay que insistir en que contamos en general con estudios insuficientes. Es sabido que Menandro era famoso por su lengua familiar y cultivada, su descripción de caracteres de la vida diaria; y que, de otra parte, su pensamiento se inscribe predominantemente en el Perípato. Remito para esto, entre otra bibliografía, al libro de A. Barigazzi<sup>21</sup>.

Una filosofía que se centra en lo humano, en el estudio de los caracteres, en la *epieikeia*, que preconiza como solución política el predominio de las clases medias, es lógico que se exprese, en sus escritos exotéricos sobre todo, en una lengua al tiempo común, familiar y

<sup>20</sup> Cf. D. Clay, «Epicurus last will and testament», *AGPh* 53, 1973, págs. 252 siguientes.

<sup>21</sup> *La formazione spirituale di Menandro*, Turín, 1955 sigs.

cultivada. A este ámbito pertenece también Menandro evidentemente y también Epicuro, tantas veces relacionado con él aunque Barigazzi<sup>22</sup> lo aproxime más a los peripatéticos como queda dicho. Cartas, colecciones de máximas y tratados éticos buscaban evidentemente un fácil acceso a un público amplio, reclutado por lo demás fundamentalmente entre las clases medias. Entre la poca literatura conservada, a más de ésta, de los siglos II y III a. C., hay que añadir dentro del mismo estilo la carta de Aristeas. De otra parte, ya hemos dicho que escritos más técnicos de los peripatéticos, los epicúreos o los estoicos toman este nivel o estilo como base y que el mismo es el caso de escritores técnicos como Filón el Mecánico e incluso del historiador Polibio.

Tenemos, pues, en la literatura de los siglos III y II a. C. una modificación literaria, con diversos grados de deformación, de la lengua cultivada de las clases medias. En la obra de Menandro esta nueva convención afecta a todos los personajes, libres y esclavos, de sus obras: igual ocurría en Aristófanes, pero entonces la convención era hacerlos hablar en un nivel más popular. En realidad lo que ha pasado es que la lengua cultivada, que ya estaba en la base de las *Leyes* de Platón, de Hiperides o de Jenofonte, penetrada de elementos de *koiné*, evolucionó y, al tiempo, continuó ejerciendo un influjo cada vez mayor en la prosa de la primera *koiné*. O en parte de ella, porque hemos de reparar luego la que más bien recibe el influjo de la lengua popular o vulgar.

Aunque hay que hacer constar que todo esto que decimos es sólo por aproximación, faltos como estamos de los estudios previos necesarios. Pues como decíamos arriba los pocos que se han hecho tratan autores y obras aisladamente, con el ático como principal o único término de comparación: sin atender gran cosa a las diferencias internas ni, tampoco, a las diferencias con la prosa de tipo más popular.

No tenemos, por ejemplo, estudios lingüísticos válidos sobre Aristóteles, Teofrasto y los otros peripatéticos, ni tampoco sobre Menandro. El estudio de Durham sobre el vocabulario de este autor<sup>23</sup> es de 1913, antes de los grandes descubrimientos, y se esfuerza en demostrar que es «buen ático» pese a la etopeya: sobre bases demasiado estrechas evidentemente, y con prejuicio clasicista.

<sup>22</sup> *Ob. cit.*, págs. 107 sigs.

<sup>23</sup> D. B. Durham, *The Vocabulary of Menander*, Princeton, 1913.

Para Epicuro contamos con un buen estudio de la sintaxis por Widmann<sup>24</sup>, sobre el modelo del de Mayser sobre los papiros de época ptolemaica. Pero para el asunto que nos interesa, lo que aporta fundamentalmente (v. el resumen en págs. 231 sigs.) es señalar una serie de rasgos no áticos: frecuente sustantivación del participio, disminución de las diferencias entre activa y media, perífrasis de la media y la pasiva, confusión de aoristo y perfecto, perífrasis del perfecto y futuro con εἰμί y participio sustituyendo los antiguos tiempos, ciertos usos del subjuntivo en subordinadas, disminución del optativo, aumento del uso de las preposiciones (a veces en sustitución de los casos), etc. Falta atención a los hechos contrastivos dentro de la lengua helenística y no hay tratamiento del vocabulario y morfología. Del primero se ocupa una tesis doctoral de P. Linde<sup>25</sup> que simplemente relaciona las palabras no áticas. Y no aporta gran cosa, desde nuestro punto de vista, un brevísimo trabajo más reciente de Brescia<sup>26</sup>.

En realidad, los textos de esta época y nivel que mejor están estudiados son la carta de Aristeas, por H. G. Meecham<sup>27</sup>, y Polibio, por J. A. de Foucault<sup>28</sup>. Aristeas, pese a los influjos bíblicos y a la artificialidad de muchos términos y giros, es un buen exponente de la primera *koiné* literaria de estilo cultivado y los estudios de Meecham sobre su vocabulario, estudios de base estadística, y su gramática, podrían ser uno de los puntos de apoyo para ese estudio comparativo que hemos propuesto. Igual puede decirse del estudio muy cuidado de Foucault sobre Polibio. Pero cuando se trata de la relación de este autor con la *koiné*, el libro no sale de generalidades (cf. págs. 319 sigs.); presencia de la lengua de la cancillería como en las inscripciones, eliminación de lo más vulgar de la lengua de los papiros, relación de una serie de elementos de la lengua helenística. Hay incluso errores, como cuando habla de términos jónicos (los sufijos -μα, -σις, etc.) o poéticos que, en realidad, eran ya en esta época patrimonio de la lengua común.

<sup>24</sup> H. Widmann, *Beiträge zur Syntax Epikurs*, Stuttgart-Berlin, 1935.

<sup>25</sup> *De Epicuri vocabulis ab optima Attide alienis*, Bratislaviae, 1906.

<sup>26</sup> C. Brescia, *Ricerche sulla lingua e lo stilo di Epicuro*, Collana di Studi Greci, Nápoles, 1955.

<sup>27</sup> *The Letter of Aristeas*, Manchester, 1935.

<sup>28</sup> *Recherches sur la langue et le style de Polybe*, París, 1972.

O sea: el estudio de detalle está en su mayor parte sin hacer, pero parece claro que, durante algún tiempo, la prosa helenística, aunque con ciertas excepciones como la retórica asiánica y la novela, se limitó a «filtrar» la lengua usual cultivada de las clases medias, aunque utilizándola en sentidos diversos. Pues bien, hemos anticipado la existencia, bien conocida, de un nivel más popular que se encuentra en ciertos libros de la traducción de los *LXX*, en papiros privados de edad ptolomeica y en *N. T.*, aunque éste sea de edad posterior. No vamos a recordar el descubrimiento fundamental de A. Deissmann<sup>29</sup>, que hizo ver que el carácter especial de la lengua del *N. T.* se debe a elementos de *koiné* también presentes en los papiros, más que a semitismos; ni a la descripción de esos elementos de *koiné* en obras como la de Moulton-Milligan<sup>30</sup> y la de Mayser<sup>31</sup>. Añádanse, entre otra bibliografía, B. Mandilaras, *The Verb in the non literary Papyri*, Atenas, 1973, y las diversas gramáticas y léxicos comparados del *N. T.*<sup>32</sup>. Todo esto, más estudios especiales, supera en mucho el intento inicial de A. Thumb sobre la lengua helenística<sup>33</sup>.

Con todas las restricciones que haya que hacer sobre la presencia en estos textos, pese a todo, de formas literarias griegas o de ecos de elementos lingüísticos extraños, sobre las necesarias distinciones dentro de cada uno de estos *corpora*, etc., resulta claro que existen las bases para un estudio comparativo de este nivel de lengua y el más cultivado (y peor descrito hasta ahora) al que hemos hecho referencia más arriba. Eliminar la deformación literaria en ambos niveles y compararlos entre sí es una tarea tan necesaria como la paralela arriba aludida que debe hacerse en época clásica.

Aun sin hacerla en el detalle salta a la vista en época helenística la diferencia entre los dos niveles: en fonética, en vocabulario, en morfología, en sintaxis: a veces se trata de la existencia de hechos

<sup>29</sup> *Licht vom Osten*, 4.<sup>a</sup> ed., Tubinga, 1923, sistematización de estudios anteriores.

<sup>30</sup> J. H. Moulton y G. Milligan, *The Vocabulary of the Greek Testament illustrated by the Papyri and other non-literary Sources*, Londres, 1914-29.

<sup>31</sup> E. Mayser, *Grammatik der griechischen Papyri aus der Ptolomäerzeit*, Leipzig, 1906 y sigs.

<sup>32</sup> Sobre todo F. Blass-A. Debrunner, *Grammatik des neutestamentlichen Griechisch*, bearbeitet von A. Debrunner, Goting, 1961; W. Bauer, *Griechisch Deutsches Wörterbuch zu den Schriften des Neuen Testaments*, 5.<sup>a</sup> ed., Berlín, 1952.

<sup>33</sup> *Die Griechische Sprache im Zeitalter des Hellenismus*, Berlín, 1901 [1974].

nuevos, a veces de simples diferencias de frecuencia. Por eso, como decíamos arriba, la simple comprobación de la existencia de rasgos comunes no prueba las conclusiones que de ellos Rydbeck quiere sacar.

La diferencia entre los dos grupos de textos, que corresponden a lo que en mi libro sobre el léxico de las fábulas yo llamaba *koiné* popular y literaria, se funda, pienso, en la derivación de los mismos de dos niveles sociolingüísticos de base, uno cultivado y otro popular. Es claro, efectivamente, que no es a las clases altas, ni siquiera medias a quienes se dirigían los traductores del *A. T.* en Alejandría, sino a judíos helenizados de nivel fundamentalmente popular. A estas mismas clases se dirigía fundamentalmente en el principio, es sabido, la predicación cristiana. En uno y otro caso no se trata sólo, por lo demás, de los destinatarios, sino también de los redactores. Y algo análogo puede decirse en el caso de tantos y tantos papiros privados.

A la lengua popular debían, pues, aferrarse los autores de estos textos, si es que querían que hubiera una comunicación: por más que, al escribir, hubieran de admitir un caudal de lengua administrativa, técnica y aun filosófica que, por lo demás, se abría paso ampliamente en la lengua hablada. Por más que, de otra parte, se hicieran presentes los resultados de la pertenencia de los autores a grupos étnicos no griegos (fonética egipcia que confunde por ej. τ/δ, κ/γ en los papiros, calcos del hebreo en la literatura judeo-cristiana).

Ahora bien, al llegar aquí hemos de hacer una pausa para comentar un hecho que seguramente no habrá escapado a la atención del lector. Mientras que existe una cierta comunidad entre los textos que en época clásica y helenística reflejan la lengua cultivada, no la hay en el caso de la lengua popular. Aquí tenemos de un lado, el yambo y la Comedia; de otro, escritos populares judeo-cristianos y textos privados. ¿Cómo es esto?

Una parte de la explicación está en que no tenemos prácticamente textos privados de época clásica, en que los textos religiosos helenísticos representan un fenómeno nuevo y en que en esta época la comedia, por así decirlo, ha ascendido de nivel. Pero esto no es todo.

Decimos que la literatura griega busca, según los géneros, ya la distancia, ya la proximidad a la lengua hablada de todos los días de un nivel u otro. Pues bien, en época helenística la proximidad la buscan, aparte de los géneros que acabamos de mencionar, otro: el de

los escritos cínicos que, como el antiguo yambo y la comedia, que sus autores admiran e imitan, mezclan a veces al nivel popular el vulgar. Es con el yambo y la comedia con los que hay que paralelizar los escritos cínicos. Pero éstos se basan en una lengua que de otra parte tiene elementos comunes con la «filtrada» en los LXX, el *N. T.*, los papiros. Nos hallamos, pues, ante el reflejo de niveles populares de orientación diferente: en parte homogéneos, en parte no. Algo que no podíamos vislumbrar en época clásica.

El filósofo cínico, es bien sabido, afecta desprecio por sus más distinguidos colegas, así como desprecio a la riqueza, la sociedad, las convenciones; busca la libertad de palabra y conducta. Un Diógenes, según la leyenda, es vendido como esclavo; un Crates, abandona sus bienes y se echa a errar por los caminos; un Bión se presenta ante Antígono Gónatas, que le pregunta su linaje, como hijo de una prostituta y un pescadero, vendido como esclavo igual que el propio Diógenes, prácticamente prostituido por un retor. Prescindiendo de en qué medida sea esto verdad o *pose* y leyenda, el cínico se presenta como un hijo del pueblo que predica a otros hijos del pueblo, los ciudadanos del mundo, una especie de contracultura<sup>34</sup>. Su símbolo es el perro, y en las fábulas que los cínicos inspiraron<sup>35</sup>, por animales como la mosca impudente, el mosquito que pica, el asno al servicio de otros, la rana que grita, la tortuga que lleva la casa a cuestas.

El cínico cultiva, de otra parte, una literatura popular, en buena parte derivada del antiguo yambo y la antigua comedia<sup>36</sup>. Busca agrandar e irritar, ir directamente a los temas, dejar una huella en el alma. La lengua popular y aun vulgar es la que le conviene. Y es muy curioso ver cómo los antiguos fueron sensibles a ello. El libro de Kindstrand sobre Bión<sup>37</sup> recoge una serie de críticas antiguas del estilo vulgar y grosero de los cínicos, críticas cuyo origen atribuye a los peripatéticos.

En definitiva, la filosofía cínica se coloca en un plano social aparte y ello se refleja en el lenguaje: hay conciencia de ello en los representantes de otras filosofías, que se acogen a un lenguaje y estilo de

<sup>34</sup> Sobre el κωνικός τρόπος, cf. J. Roca, «Kynikós tropos», *BIEH* 8, 1974.

<sup>35</sup> Cf. mi *Historia de la fábula greco-latina* I, Madrid, 1979, págs. 648 sigs.

<sup>36</sup> Cf. G. Giangrande, *The use of spoudaiogeloion in Greek and Roman Literature*, La Haya, 1972.

<sup>37</sup> J. F. Kindstrand, *Bion of Borysthene*, Uppsala, 1975, págs. 49 sigs.

nivel superior. Por otra parte, no se trata sólo de una cuestión de nivel social del lenguaje, sino, también, de intención y circunstancias, igual que en el caso del yambo y la comedia; de ahí la diferencia con otros textos que representan el lenguaje de nivel popular.

El cinismo y los géneros con él emparentados, como la fábula y la novela realista<sup>38</sup>, representan en cierto sentido la máxima aproximación a la lengua popular y, aun a ratos, vulgar, con sus términos groseros, sus préstamos del latín, su sintaxis deshilachada.

Pero tampoco hay que olvidar que no se trata de una simple fotografía: las citas poéticas, las constantes parodias literarias, por ejemplo, difícilmente pueden calificarse de populares. No: la lengua popular y vulgar se usa para facilitar la comunicación, para llegar directamente al interlocutor; pero para esto se utilizan también recursos de origen literario. Y no se olvide que los cínicos no tienen escrúpulos de propiedad literaria, copian o imitan libremente de aquí y de allí.

Es el libro de Kindstrand sobre Bión antes citado el que, en los capítulos 2 y 3 de la Introducción, titulados respectivamente «Language and Style» y «The Stylistic Background»<sup>39</sup>, mejor ha descrito, que yo sepa, el lenguaje y estilo cínicos, por más que no abunden las citas. Sin repetir todo lo allí dicho, llamaré la atención sobre algunos puntos: fonética helenística (γίνομαι, γινώσκω, οὐθείς, πεινῶ); morfología también helenística (παυσάσθωσαν, falta de dual, abundancia del diminutivo y voc.); ciertos rasgos de sintaxis; palabras recientes o de sentido reciente, a veces drásticas e hirientes; y, sobre todo, uso del diálogo fictivo, de preguntas retóricas, de metáforas nuevas y punzantes, comparaciones, proverbios, juegos de palabras, etc. Todo esto nos recuerda a los yambógrafos y cómicos, incluso a Sócrates. Y se añaden los recursos poéticos ya mencionados.

Querría, para terminar, señalar el campo que queda abierto en estos estudios diciendo algunas cosas sobre la *Vida de Esopo*, de cuyo carácter cínico y origen helenístico me he ocupado en otros lugares<sup>40</sup>. Estudiando el comienzo de la versión G, la que mejor con-

<sup>38</sup> Sobre la primera cf. mi *Historia...*, págs. 551 sigs., 619 sigs.; sobre la segunda, «Elementos cínicos en las 'vidas' de Esopo y Secundo en el 'Diálogo de Alejandro y los Gimnosofistas'», en *Homenaje a Eleuterio Elorduy*, Deusto, 1978, págs. 309-328.

<sup>39</sup> *Ob. cit.*, págs. 25 sigs. y 39 sigs.

<sup>40</sup> «Elementos cínicos...», cit., «The life of Aesop and the Origins of Novel in Antiquity», *QU N. S.* 1, 1979, págs. 93-112, *Historia...*, págs. 601 sigs.

serva lo antiguo<sup>41</sup>, es fácil hacer algunas observaciones que son sólo un anticipo de lo que un estudio a fondo podría rendir.

El pequeño prólogo (1) que presenta a Esopo da una serie de adjetivos designando defectos físicos que, sin duda, eran normales en la época. Algunos nos eran ya conocidos por la lengua popular antigua (Aristófanes): σαπρός, σιμός; otros por la de los médicos (*Corpus Hippocraticum*): βλαισός, γυλιάγκων, άφωνία, σιγηλός; otros por textos tardíos populares: προγάστωρ en Fénix de Colofón, un escritor cinizante, προκέφαλος en un P. Grenfell-Hunt; otros aún son hapax: σόρδος (un latinismo), μυστάκων. Pues bien, junto a este vocabulario coloquial lo hay artificioso como el *hapax* βιωφέλεστατος, cf. también ελάττωμα προσημαίνον άμάρτημα, άπολήτων τῆ πολιτικῆ έργασία: hay incoherencia sintáctica al mezclarse el ac. de rel. τὸ ίδέσθαι (por otro lado nada clásico) con el dat. γένει (helenístico) y el uso preposicional también helenístico εις υπερήσιν.

Pues bien, si avanzamos y vemos (2-4) la conversación de los esclavos a espaldas de Esopo para comprometer a Esopo y luego la del amo, Esopo y los esclavos, el carácter popular y aun vulgar de la lengua se acentúa. Ello se nota en elementos como éstos:

a) Diálogo breve y entrecortados, a veces sin verbo *dicendi*.

b) Uso alternado del pretérito y el presente histórico (λέγω, παρακαθίζουσι, κατεσθίουσι), también del *praesens pro futuro* (λέγομεν, γινόμεθα).

c) Estilo καί (παρακαθίζουσι... καί κατεσθίουσι... καί έλεγον; καί... λέγομεν... καί... γινόμεθα).

d) Giros como δώσω γνώμην (repetido); τί έσται; ούαι τῷ Αισώπῳ.

e) Uso helenístico de las conjugaciones: οίδα σέ τι ένθυμῆσαι, διότι...; δώσω οὔν γνώμην, πῶς αὐτὰ φάγωμεν; οὔδέν άλλο πρέπει αὐτῷ, ίνα...

f) Id. de los modos: . έάν καταγῆ...; λέγομεν (ind. por subj.); y tiempos (a más de lo dicho arriba, perfecto por pretérito, πεποίηκε, perífrasis εις πεπληρωκώς).

g) Uso de términos o helenísticos o frecuentes en esta edad

<sup>41</sup> Editada por Perry, *Aesopica*, Urbana, 1952, págs. 33 sigs.

como λαλεῖν, καταφραγεῖν, διαπαίζεται (desde Pl., *Leg.*), ἐπικατάρτος (desde *LXX*), etc.

h) Hechos de fonética (γινώσκω, γινόμεθα).

No voy a repasar aquí cuántos de estos elementos, que podrían multiplicarse, se hallan también en el otro grupo de textos «populares» de *koiné* e incluso en los de nivel más elevado. Lo más importante es la aglomeración de los mismos en unas pocas líneas y en combinación, en otros lugares de la obra, con elementos de estilo muy característicos.

Da la impresión de que cuando se llega al diálogo, sobre todo en el caso de esclavos y personajes de las clases bajas, de mujeres también, el autor se esfuerza en reflejar su modo de hablar. Un capítulo como el 15 (diálogo de Esopo, el mercader y el administrador) se presta a un análisis semejante al que acabamos de hacer. En cambio, un relato como la fábula de los sueños en el cap. 33 presenta una lengua más convencional y tradicional; y no digamos nada del relato de la curación de la madre de Esopo por obra de una sacerdotisa de Isis y la aparición en sueños de la propia diosa (capítulos 4-8), que sigue al diálogo primeramente analizado: aquí existen períodos más largos, domina el vocabulario poético, hay menos helenismos.

La literatura cínica se inserta, ya lo hemos dicho, en un sector de la literatura griega que busca la aproximación a la lengua común y precisamente en su vertiente satírica y aun vulgar. Pero es un caso aparte, en la lengua como en tantas cosas, dentro de la literatura griega. Así como ésta busca estilizaciones homogéneas, aunque cambien con el tiempo, así en el caso ya notado de Aristófanes y Menandro o en el de los diálogos platónicos o Lisias, los cínicos parecen buscar un mayor reflejo, dentro de una misma obra, de los distintos niveles de lenguaje. Aunque podríamos, ciertamente, aludir al paralelo de las diferencias dentro del *Simposio* o el *Fedro* platónico en función de interlocutores y temas.

No hemos hecho otra cosa, como se verá, que desbrozar un vasto tema, que sólo podrá completarse cuando se posean estudios particulares que hoy en buena medida faltan. Entonces se comprobarán o rectificarán nuestras hipótesis, que llamando 1 a la lengua vulgar, 2 a la popular, 3 a la cultivada podrían sintetizarse en el siguiente cuadro:

	<i>Arcaicos</i>	<i>Clásicos</i>	<i>Helenísticos</i>
3		{ Heródoto Socráticos Lisias	{ Epicúreos Peripatéticos Menandro } lit. técnica
2	Yambógrafos	Aristófanes	{ Cínicos { N. T., LXX Papiros
1	Hiponacte		Cínicos

Las clases más bajas, las populares en general, las acomodadas, serían las responsables respectivamente de los tipos de lengua que más o menos fielmente reflejan los autores que mencionamos; aunque por razón de las circunstancias se puede pasar de un nivel a los inferiores, como estas clases pueden intentar imitar a las superiores.

Los problemas no son fáciles: separar los elementos de lengua escrita, dar criterios para distinguir los niveles, establecer sus marcas y transiciones, sus subdivisiones internas. Aun así y aunque dejamos estas páginas, como no podía ser de otro modo, en los límites de un ensayo, pensamos que los anteriores puntos de vista pueden ayudar en alguna manera a comprender mejor las relaciones entre literatura, lengua y sociedad en la Grecia antigua y a iniciar una vía para la interpretación sociolingüística en el campo del Griego antiguo.

F. R. ADRADOS